

Homilía de 4º Domingo de Cuaresma
22 de marzo de 2020
Padre Valentín Iurochkin

La primera lectura del domingo de hoy nos narra la unción de David. Y esta unción muestra claramente lo que significa ser un Mesías del Señor (en hebreo: *Mesías-YHWH*), un Rey de la unción. También nos muestra el corazón y la vida de cada creyente y explica lo que significa ser para nosotros, ungidos y llamados a ser sacerdotes y reyes para nuestro Dios y Padre, ser ungidos por Dios.

1) La unción consiste en ser ungido con el espíritu de Dios, por medio de un canto visible lo que observamos en la primera lectura (en la primera manifestación del poder del Espíritu en el Rey David tiene lugar cuando David toca la lira para Saúl con el fin de alejar el espíritu maligno). Por desgracia, para David, su Victoria en la batalla ha tenido un efecto adverso, de modo que su reputación popular comenzó a exceder incluso la del rey Saúl, que fue dispuesto a asesinar a David, a asesinar el ungido de Dios.

2) Algo similar podemos encontrar en la vida de Jesús. Jesús fue ungido con el Espíritu Santo durante su Bautismo y fue enviado para curar y devolver la vista a los ciegos. El fue enviado no sólo para curar nuestra ciudad física, sino también la espiritual. Y la manifestación del poder del Ungido de Dios tiene lugar en el Evangelio que leemos hoy. El mismo Jesús dice: "*Mientras esté en el mundo, soy la luz del mundo*".

Leemos: "*(Jesús) escupió en el suelo y hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos del ciego, y le dijo, "Ve a lavarte en el Piscina de Siloé - qué significa 'enviado'. El fue, se lavó, y volvió con vista*".

La obra de Jesús recuerda el momento de la creación del hombre del suelo, pero muestra al mismo tiempo el acto de recreación del hombre por la gracia. En este Evangelio Jesús de nuevo se contempla como un Creador enviando el ciego a la piscina de Siloé. De hecho, el pueblo Judío creía que la

piscina de Siloé fue el mismo torrente de agua viva que se encontraba en el Jardín del Edén. Para el ciego, dejar el lugar donde él se sentaba y dirigirse a la piscina significaba más de lo que podemos imaginar. Significaba dejar el lugar donde él recibía la limosna para poder mantener su vida diaria, dejar el apoyo de aquellos que le dieron este trabajo - las pocas personas que ha conocido en su vida. Pero este es precisamente el precio que Dios a nos pide cuando nos llama a cambiar nuestra vida.

3) Por fin llegamos a la última pregunta: *¿Qué significa ser para cada uno de nosotros de ser el ungido de Dios?* Para el mendigo ciego del Evangelio de hoy (cuyo nombre no conocemos, lo que significa que cada uno de nosotros puede encontrarse a menudo en la misma posición que el ciego), significaba encontrarse a menudo con el mismo tipo de respuesta y comportamiento de la gente: *“Le replicaron: Tu eres puro pecado desde que naciste, ¿cómo pretendes darnos lecciones? Y lo echaron fuera”*. Y es la justicia y la santa unción lo que hizo que David, Jesús y el ciego fueran perseguidos, odiados y (como en el caso de Jesús) asesinados. Y sin embargo, es en la cruz de nuestra vida diaria, traída por amor de Dios, qué nos convertimos en verdaderos amigos de Cristo.

En este momento difícil, pidamos a Jesús que nos conceda la gracia de no desanimarnos a causa de la ansiedad que nos embarga a todos. Por el contrario, arrepintámonos de nuestros pecados acercándonos al sacramento de la penitencia; aumentemos nuestras oraciones y peticiones a Dios poniendo todo en las manos de nuestro Señor y sigamos en estos días su voz semejante al ciego, diciendo:

El que habita al abrigo del Altísimo, Morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo á Dios: Esperanza mía, y castillo mío; Mi Dios, en él confiaré. Y él te libraré del lazo del cazador: De la peste destruidora. Con sus plumas te cubrirá, Y debajo de sus alas estarás Seguro”
(Sal 91:1-4).